



El Eco de Cartagena

AÑO XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9120

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

CONDICIONES

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorete rue Caumartin, 61. y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31. y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 21.

CARTAGENEROS!!! ESPAÑA CONTRA FRANCIA. NO ASUSTARSE!

Pues apesar de los nuevos Aranceles, la LEGIA JABONOSA de D. José Ignacio Mirabet, seguirá vendiéndose en Cartagena al mismo precio que hasta hoy, sin temor á las imitaciones que se han introducido en este mercado. Para mayor seguridad, comprarla solo en los establecimientos que se citan en el anuncio permanente que va en la cuarta plana de este periódico, teniendo en cuenta que la LEGIA JABONOSA es de un color algo pajizo, lo que á simple vista ya la distinguen de las demás.

Unico representante en todo el reino de Murcia, D. Fernando Giménez de Berenguer, Martín Delgado, 9, pral. Cartagena.

JUEVES 24 DE MARZO DE 1892

LA MADRE ESPAÑOLA

VI

(CONCLUSION.)

Algunos quisieran la madre española como en el tiempo en que se condenaba, en ella, toda otra noción que la rueca y la religión. Nosotros somos viejos, pero no rutinarios.

Opinamos que su cultura sería deficiente.

La madre, ángel del hogar, tiene que ser el símbolo del amor, cariño y ternura, como lo es la española. Para ello debe ser la encarnación de la virtud y religiosidad, y además la mujer hacendosa: simbolizada por la rueca; por esto encarecemos tanto la necesidad de su cultura: ya moral, ya en labores femeninas.

Però condenamos en absoluto aquel antiguo axioma «hará la mujer la rueca y la cocina.» cuando pretendía saber leer y escribir. Y añadimos que no basta saber leer y escribir, precisa la ilustración de sus facultades intelectuales, pues cultivando sólo las morales y no las intelectuales, no sería civilizada, no podría llenar su misión materna de un modo satisfactorio.

Para el hombre queremos ilustración moral y politécnico; para la mujer, ilustración moral y cultura.

Debe saber todas las labores propias de su sexo para tener la casa aseada, hermosea y al marido é hijos atendidos; debe ser moral para no defraudar el amor y cariño que debe á sus seres queridos, y debe ser instruida para evitar las lágrimas y la muerte de muchos de sus hijos.

No pedimos ilustración en la mujer para hacerla romántica, novelera y emancipada repulsiva, no; la pedimos para tenerla civilizada y madre más hábil. Civilizada, para que con su ignorancia nunca sea el hábil rey del hombre; madre más hábil, para evitar la muerte temprana de sus hijos.

Nadie sabe lo que es sufrir hasta que ha experimentado la muerte de sus hijos. ¡Cuántos parvulitos que mueren en la lactancia é infancia dejen de existir en la madre, en la inexperiencia de su juventud, tuviera más ilustración y conocimientos de la naturaleza, en todos conceptos admirabilísima!

Pues bien, al cariño, bondad, moralidad y pudor de la madre española, embellecidos con la cultura de la labor femenil, que le hace hacendosa, cuidadosa y ambaloso del hogar, sería bueno agregarle algo más que la lectura, escritura y cuentas. Sería conveniente darle conocimientos de fisiología é historia natural.

Estos conocimientos, algo extensos en el sentido de utilidad aplicada, la pondrían en conocimiento de las plantas y sales con sus cualidades curativas; le darían conocimiento de la estructura humana; de la relación, utilidad y destino de cada una de sus entrañas; de lo delicado de cada uno de los órganos; del calor de la sangre; de la presencia de los diferentes humores; de las funciones distintas del cuerpo. Le enseñarían que la perturbación de aquellos humores alteraba las funciones naturales y que de la alteración de estas funciones y humores procedían las enfermedades; las que sabría combatir desde un principio, en cuanto apuntaran, al columbrar el menor síntoma, así como hoy, por carecer de esta ilustración práctica, no sólo desconoce los síntomas de mal agüero para la salud, sino que hasta las mismas enfermedades y, en vez de aplicar el principio médico «principios obsta, media medicina curantur.» se asusta, anda perdida y aterrullada al ver sufrir al fruto de su amor y cuando se dá cuenta de la gravedad de su hijo, la medicina no llega ya á tiempo.

La madre española, despojada de la frialdad de los pueblos del norte, del estoicismo de la francesa y revestida de la suavidad, cariño, amor pudor, religiosidad, actividad hacendosa que la caracteriza y hace superior á todas las madres del universo, será una madre acabada y perfecta, si á la educación culta se le agrega una ilustración laudable y útil á su trascendental misión; tan necesaria como consoladora.

¡Una madre! ¡Ah! madre ¿cómo podremos corresponder á sus ternuras, desvelos, sacrificios y amor nunca interesado y metalizado? Quién nos diera sensatez en toda edad, para oír tu mentora voz ¡cuántos disgustos y sufrimientos nos evitaríamos! Nuestra vida sería un edén y tu amor su rocío!

La maternidad es uno de los sublimes arcanos que eternamente de bemos bendecir.

MODESTO MARTI.

COLABORACIÓN INÉDITA.

VANITAS

Era inútil discutir más sobre el asunto de sobra discutido; se haría lo más prudente y que más en el orden estuviese; todo cuanto se hablase sería de más; palabra inútil que bien podría ahorrarse para mejor ocasión.

Con tal alusión cerró la discusión la esposa del Sr. Rivadaura y ya sabía él que cuando la excelsa matrona de tan terminante manera se expresaba, era inútil cuanto se dijese, y en vano toda pretensión por disuadirle de su empeño.

¿Y ello qué era? Total nada, una petra; lógico parecía que tuviese deseos de lucir á su linda hija en el baile del Casino y más lógico que la chica se liciese un vestido apropiado para las circunstancias; un vestido con que engalanarse y poder probar á las de Camarilla que ellas también sabían dar el golpe al huevo y presentarse como quienes eran.

El infeliz D. Ruperto sudaba la gota gorda esforzándose en sus discusiones por hacer comprender á su empecatada mujer, toda la fuerza de sus razonados argumentos, pero ¿qué si quieres? la digna Rivadaura firme en sus trece, tenía ya formada su composición de lugar y no había fuerza humana capaz de apearse de su burro ¡que no! ¡que no! y con eso dicho se estaba todo.

Los hombres á sus negocios y dejados á las mujeres en los nuestros.

Este era el parapeto defensivo de la monumental esposa y de ahí no había quien la sacara.

Figúrense ustedes que el baile del Casino, celebrado para conmemorar no sé qué asunto notable, prometía estar espléndido; había de ser de los pocos, quizá el único que con tal lujo se llevase á cabo, dejando gratos recuerdos en la memoria de aquellos que asistiesen á él y era preciso por tanto no desperdiciar tan dichosa oportunidad para disfrutar de la ópima fiesta.

De nada valieron razones y argumentos de D. Ruperto; después de todo ¿qué? ¿qué habría que comprar vestidos á la chica? Pues se compraban. ¿Qué no fiaban en la tienda de sedas? Pues se pagaba al contado y listo. ¿Dinero? El de la plaza, que luego Dios proveería.

Y efectivamente, en telas, forros, adornos, flores y demás accesorios propios del caso, gastóse mi señora muy respetable la de Rivadaura un buen puñado de reales, con gran afición del esposo que preveía en tan desusado como inmodesto lujo, la realización de la tan temida beca-tombe, merced á las resnelas disposiciones de su amable compañera aguljoneada por el «que dirán» y sobre todo por lo que pudieran decir las de Camarilla, si no asistieran al brillante baile.

Una de las modistas más en boga de la población se encargó de la importante obra de enderezar el traje que habría de lucir Justina y arreglar el de la madre, ya muy pasada de moda y que según sus trazas, debió pertenecer á legendaria época.

El día señalado se aproximaba, la primorosa obra llegó á poder de su propietaria y dicho sea en lisonja de Justina, parecía una virgen ataviada con la elegantísima vestidura de baile, que hacía resaltar su esplendorosa belleza.

Llegó, porque todo llega, el crítico instante en que debía celebrarse el baile.

Aquel día no se dieron punto de reposo en casa de los Rivadaura y hasta el propio D. Ruperto parecía contagiado de la fiebre de sociedad que dominaba á su esposa, ardiendo como ella en deseos vehementísimos de que el momento llegase de hacer su entrada en el restaurado y lujoso salón del Casino, iluminado por centenar de bujías que con sus resplandores contribuían al mayor lucimiento de tantas y tan bien ataviadas mujeres lindísimas.

Llegó el momento; Justina hizo el efec-

to deseado; bailó cuanto ejecutó la orquesta, sin descansar siquiera para tomar alientos; su vestido era uno de los más elegantes y valiosos, podía decir orgullosa que era de las mejor vestidas; así lo proclamaba todo el mundo y debía ser con gran regocijo de los esposos Rivadaura, nunca más satisfechos que aquel día, de ser autores de la magnífica obra que encerraba el vestido; de la hermosísima Justina.

Pero es claro, así como llegó, pasó con suma rapidez la magnífica fiesta, y á pesar de aprovechar en ella hasta lo último, precisados se vieron, el matrimonio y la niña á abandonar los salones altamente satisfechos del éxito obtenido.

No hubo tiempo ni para comentar el completísimo triunfo alcanzado en toda la línea; lo hubiese habido si la esposa Rivadaura no estuviera abstraída por la rada impresión que en su mente causó cierta idea súbita y martirizadora. No hubo comentarios digo y al llegar al domicilio, cada cual tomó el camino de sus habitaciones ganosos por descansar del tan agotado día.

Y la mañana siguiente el vestido que al baile llevó Justina, descansaba sobre una silla del comedor en tanto que con tristísima mirada lo observaban los Rivadaura, inopinadamente sorprendidos por la más espantosa realidad.

En pagar la cuenta de la modista habían invertido hasta el último céntimo que hubo en la casa, sin contar con que era preciso mandar al día siguiente á la plaza.

Al llegar ésta sin tener aun que comprar un pedazo de pan, advirtieron la tremenda verdad y al despertar después del baile faltábales hasta lo más necesario para el sosten de su vida.

Los Rivadaura sucumbían ante espantosa realidad: el hambre.

Pero en cambio allí estaba el vestido y en la crónica del periódico local figuraba lisonjeramente el nombre de la Srta. Justina.

No tendrían que comer, pero su compensación la vanidad, había sido satisficba.

DIONISIO MORQUECHO.

Marzo 12.-92.

VINOS

Cette 20 Marzo 1892.

Poco podremos añadir á lo dicho en nuestro boletín anterior respecto al mercado de vinos. Las transacciones, si bien algo más animadas que en la última semana, no son generales. La situación especial de esta plaza, á consecuencia de las muchas existencias, mantiene todavía en la indecisión á los compradores. Las clases superiores se conservan firmes y á buenos precios, pero las demás alcanzan cotizaciones bajas y poco sostenidas.

El mercado animado, señalándose la presencia de bastantes negociantes del interior, lo que hace suponer que su stock va disminuyendo, pero sin embargo no se han notado ventas de importancia.

Es sabido que el ministro de Comercio ha abierto una información sobre las tarifas aduaneras recientemente inauguradas y con este objeto, ha dirigido una comunicación á los presidentes de las cámaras de comercio. La mayor parte de las respuestas de las citadas cámaras, son desfavorables á los nuevos derechos y piden se evite el aislamiento de Francia.

Apenas se pasa día sin que los ministros reciban protestas de los centros manufactureros de la república, acentuándose las manifestaciones en favor de un nuevo convenio con España, cuya ruptura de relaciones lamentan por los grandes perjuicios que les ocasiona.

Por causa de la invasión de la filoxera no sería extraño que Austria-Hungría fuese obligada á recurrir, dentro de poco á la producción extranjera, para hacer frente á las necesidades de su consumo. En estas condiciones y para aprovechar este nuevo mercado, la comisión real de Italia, encargada de favorecer la vincultura, ha creído llegado el momento oportuno de aplicar la cláusula referente á los vinos contenida en su tratado con Austria. Rebajando en su tarifa de 20 á 6 francos los derechos sobre los vinos, puede obtener de Austria que admita los vinos italianos satisfaciendo 3,50 florines en lugar de los 50 que ahora pagan.

ANTONIO BLAVIA.

VARIETADES

INÉDITA

PERCHILLERAS

I

Abandonastes el nido y á distinto sitio marchas ¡ay de tí si en el camino alguien te corta las alas!

II

Mira si soy desgraciado que al vislumbrar la esperanza se me truoca en desengaño.

III

Engañas á tu marido y á otro juras serie fiel, ¡mujer que empieza un camino todo al fin lo ha de correr!

IV

Como las olas del mar contra la roca se estrellan, se estrellan mis ilusiones en tu corazón de piedra.

V

No llores, no llores tanto por que se aumentan tus penas y te se concluye el llanto.

ANDRÉS TRANI ESPADA.

Málaga.

EFEMÉRIDES HISTÓRICAS

24 DE MARZO DE 1808.

Entrada en Madrid de Fernando VII

Obligado Carlos IV á abdicar la corona por las causas que expusimos el día 19, su hijo, el nuevo monarca, salió de Aranjuez con dirección á Madrid, donde tan entusiastamente fue recibido por el pueblo, que un historiador califica de embriaguez las demostraciones de regocijo de que hubo de ser objeto.

Por desgracia no faltó motivo para perturbar bien pronto la alegría, cual fue la actitud de las tropas francesas que, en vez de inostrar respeto y acatamiento á tales manifestaciones, ósaron interceptar la carrera por donde había de pasar la regia comitiva, haciendo maniobras impropias de aquel sitio y de aquel día, y hospedándose después el jefe de las mismas, Murat, en la casa de Godoy que horas antes había sido saqueada por el pueblo.

Semejantes actos, que no era cosa que una protesta contra el adelantamiento de Fernando VII al trono daban á entender, causaron natural y creciente disgusto entre los madrileños, más tarde desconfianzas y recelos, é indudablemente hubiera al fin estallado un motín, si no calmar los ánimos los bandos que intentó publicar el rey, diciendo que era infundada y ridícula la desconfianza de los madrileños, y recomendando que se prestase la debida atención á tan estimables huéspedes, so pena de castigar irremisiblemente con el mayor rigor y